

Vishnik, té y pierogi

Le temblaba la mano. No recordaba la última vez que por un encargo laboral el pulso se le había acelerado de aquella manera. “Simone de Salvatore”, se dijo, “al responsable del *matte painting* de la película no se le puede permitir ninguna zozobra, así que, a trabajar”, concluyó mientras se sentaba frente al ordenador y encendía el flexo del escritorio. “Luces, cámara y acción”, pensó, y se dispuso a adentrarse en ese mundo onírico y modernista que caracterizaba a los filmes de Wes Anderson.

“Habrás de pintar y diseñar cada una de las ventanas iluminadas en la noche, pensando en la posición de cada cortina, en la disposición de cada lámpara y en qué estarían haciendo los inquilinos”, fueron las palabras del director al hablarle de ese su hotel sensacional, esa creación que le rondaba en la cabeza desde hacía unos meses y que, aseguraba el director, “nos llevará a la alfombra roja”.

Con toda la destreza que pudo juntar, Salvatore trató de aplicar varias técnicas de yoga, una improvisada sesión de hipnosis casera y la teletransportación que solo los que poseen una gran vida interior pueden lograr. Tras desconectar el móvil, se abrochó el cinturón y viajó. Viajó al Gran Hotel Budapest. Eran las nueve de la noche de un día de febrero de los años treinta en medio de un denso bosque de pinos europeo.

El señor y la señora Brozky, habitación 405

—¡Toc, toc! Servicio de habitaciones. Les traigo su botella de licor, messieurs.

—Pase, joven, pase. Y que Dios le bendiga. Mi marido y yo teníamos nostalgia de Vishnik y no pensábamos que sería tan fácil conseguir este manjar aquí. Le estamos muy agradecidos.

—No hay de que, messieurs. El dueño del hotel se enorgullece de contar entre sus amigos a muchos como ustedes, por eso siempre tiene las cosas que les complacen.

—¿A qué se refiere, joven? ¿Como nosotros? ¿Alemanes, quiere decir?

—Eh, lo que quería decir es que él tiene amigos que llevan una estrella amarilla en el brazo en el país de donde usted viene, pero son excelentes clientes aquí, sin duda alguna.

—Oh, eso son tonterías, joven, tonterías. Mejor no las repita porque esto es una moda pasajera, nada a lo que haya que dar importancia. Ahora, ¿podría, por favor, sintonizar la radio antes de marcharse? A Händel y a mí no hay nada que más nos guste. Y corra la cortina, si no le importa, que ya no son horas.

“Y después de escuchar el cuarteto para cuerda en re menor ‘La muerte y la doncella’ de Franz Schubert, compuesto en 1824, les dejamos con las noticias de este día: ‘En Alemania, el Reichstag ha aprobado la Ley para solucionar los peligros que

acechan al Pueblo y al Estado por la cual se otorgan plenos poderes al canciller Adolf Hitler, quien, por su parte...”.

La ceremonia del té, habitación 216

—Le traigo su azúcar cristalizada, madame Sumiko.

—Es usted muy amable... y yo muy coqueta. Le cuento un secreto: es para dar brillo a los labios.

—¿Quiere que encienda la lámpara?

—¡No, por favor! Ni se le ocurra. Ustedes los occidentales no parecen cansarse nunca de la luz. Luz, luz y más luz. Pero las mujeres no podemos vernos bonitas con tanta claridad. Es preciso el opaco papel de arroz para evitar el contraste. ¿No le parece... por cierto, cuál es su nombre?

—Mi nombre es Antonín y su piel me parece de melocotón enmohecido pero... muy sedosa.

—Jajaja, Antonín, no sabe usted halagar a una mujer.

—Pero usted es hermosa, madame. La más hermosa del Gran Hotel. Yo... a decir verdad... Nunca había observado cosa igual.

—¿Cosa, dices, muchacho? Yo no soy una cosa. Sé hacer muchas cosas, sin embargo.

—No quería decir eso, es que usted me pone muy nervioso. Se mueve como una sirena fuera del mar, pues apenas separa un pie del otro, y ha de tenerle mucho aprecio a ese cojín que siempre lleva consigo.

—Sin duda alguna, me divierte su presencia, Antonín. Donde debe ver flores ve espinas pero sin embargo siente la primavera. Puede quedarse a tomar el té si sus obligaciones se lo permiten.

Entonces, Antonín vio por primera y última vez cómo se podía servir el té. Se dio cuenta de la polisemia de una acción: servir el té hasta ahora solo había significado verter un líquido humeante en una taza. Fue a partir de ese momento, tras ver cómo, a media luz, la sofisticada madame Sumiko se desenvolvía con tal gracejo y sutilidad entre las tazas y platillos, que Antonín sintió la llamada de la belleza, algo que nunca ya podría disociar de un melocotón enmohecido.

¡Fritos, no cocidos!, habitación 407

—Apellidarnos Liebling no me gusta nada, así te lo digo.

—Pero no querrás que crucemos toda Europa con mi verdadero apellido, en estos momentos Polanski nos lleva al hoyo...

—Qué harta estoy de vivir así, Ryszard. Estamos en un callejón sin salida. ¿Cómo vamos a hacer para alimentar al que va salir de este bombo? La semilla del diablo llevo aquí dentro...

—No digas eso, Bula. Estate tranquila... Te digo yo que este niño nos va a sacar de pobres un día, ya verás. Tengo el presentimiento.

—¿Tú crees? Como se parezca a su padre... Con un fracasado tenemos bastante.

—Qué bruta eres, cariño... ¡Pero qué ganas de ti me estás dando con ese tono de sargento!

—Repulsión tendría que causarte más bien... Pero ¡Ryszard! ¡Cierra las cortinas por lo menos! No, la luz no hace falta que la apagues, hace mucho que perdimos los remilgos, ¿no? Pero ve pidiendo los pierogi que ya sabes que en este estado me entra un hambre voraz.

—Lo que quiera mi niña, mi Venus de las pieles... ¡No todos los días está uno de luna de miel!

—De luna de hiel estoy yo, Ryszard, que con estas náuseas y la funesta música de los de al lado... En fin... Pero, ¡por favor! que no se olviden de los pierogi y que los traigan fritos, ¡no cocidos! Mira que se lo hemos dicho mil veces a ese Anton—tín...

—¡Toc, toc! Ya están listas sus empanadas y, ¡a su gusto! Cocidas como les agrada a los señores.

A Simone de Salvatore le costó mucho salir de su profundo estado de creación cuando de repente oyó un ruido. Como los que dicen haber regresado de la muerte, hubo de atravesar túneles y puertas. “¡Toc, toc!”, escuchó. Un tanto desganado, arrastró sus zapatillas de andar por casa hasta la puerta y, tras aclararse la voz, preguntó antes de mirar por la mirilla: “¿Quién es?”. “¡Servicio de habitaciones!” fue todo lo que escuchó antes de perder el conocimiento.

María Sánchez Robles